

El anarquismo en Costa Rica

Ángel J. Cappelletti
Universidad Simón Bolívar
Venezuela



Resumen

En este artículo se explican las raíces del movimiento anarquista en Costa Rica a finales del siglo XIX así como su evolución bajo diferentes concepciones ideológicas –libertarios, ácratas, socialistas– la influencia extranjera, los intelectuales costarricenses y las publicaciones relacionadas con esta tendencia del pensamiento.

Palabras claves: anarquismo, ideologías en Costa Rica, huelgas en Costa Rica, movimientos sociales

The author of this article explains the origin of the anarchist movement in Costa Rica at the end of the 19th century, as well as its evolution according to different ideologies, foreign influence, Costa Rican intellectuals, and publications about this trend of thought.

Keywords: anarchism, ideologies in Costa Rica, strikes in Costa Rica, social movements

En Panamá, las ideas anarquistas fueron introducidas y divulgadas por los trabajadores europeos (principalmente españoles) que llegaron al Istmo para la construcción del canal interoceánico. Costa Rica, para fortuna suya, no tuvo canal (como Panamá, su vecino del sur), ni

amenaza de canal (como Nicaragua, su vecino del norte). Quedó así al margen de la voracidad yanqui y europea, y pudo conservar su paz y su convivencia democrática. Pero, en el lugar del canal, se propuso construir ferrocarriles que unieran el Atlántico con el Pacífico, y ambos con la meseta

central donde se levanta la capital, San José. En 1871, el Gobierno contrató con el señor Enrique Meiggs la construcción de un ferrocarril comprendido entre Puerto Limón en el Atlántico y la ciudad de Alajuela. En 1872 se dio el principio a los trabajos, empezando con la construcción de las secciones del interior del país para unir las ciudades de la meseta central. Después se formuló un contrato con Mr. Minor C. Keith para llevar la línea férrea hasta el lugar llamado Carrillo en la margen izquierda del río Sucio, de donde se prolongaría después hasta unirse con la línea central de Cartago. Este trayecto quedó terminado en 1881. En virtud de un nuevo contrato celebrado en 1884 con el mismo señor Keith, se emprendieron los trabajos de Siquirres a Cartago y de ese modo se unieron los rieles a la sección central empezada en marzo de 1872, hasta terminar todo el trayecto de Limón hasta Alajuela en 1891, año en el cual, el 7 de diciembre llegó a San José la primera locomotora procedente de la región Atlántica (González, 1976, p. 66). Para la construcción de estas líneas férreas se trajo un numeroso grupo de braceros procedentes de Italia. Entre ellos había muchos que habían militado en el movimiento anarquista italiano o, por lo menos, se sentían ideológicamente proclives a las ideas del socialismo libertario. En octubre de 1888 estos trabajadores se declararon en huelga, para reivindicar mejora de salarios y de condiciones laborales.

Vladimir de la Cruz (1980, p. 44) dice que es la primera gran huelga conocida en el país (aunque ya en 1874 los trabajadores chinos habían llevado adelante un movimiento de protesta). Dice a este propósito Arnoldo Mora (1988, p. 22): “La importancia de este movimiento reivindicativo a nuestra historia social es difícil de expresar, no sólo por la amplitud y la firmeza que revistió sino por otros rasgos que a continuación mencionaremos. Fue el primer movimiento huelguístico, que originado en el Atlántico, sale de esa zona, entonces totalmente alejada y aislada del resto del país y viene a la capital, es decir, al centro del poder político y, al desfilar por las calles, reciben el apoyo solidario de nuestro pueblo trabajador”. Y añade enseguida: “Los italianos igualmente son los que introducen la primera literatura socialista de carácter anarcosindicalista en nuestro país, elevando así la conciencia política de la clase obrera naciente”. En la primera década del siglo XX salen a la luz en Costa Rica varios periódicos y revistas que transparentan, en mayor o menor grado, la ideología libertaria. Entre ellos están, según refiere Vladimir de la Cruz (1980): *La Aurora social*, *Hoja Obrera*, *Orden social*, *El trabajo*, *El arraigo del Pueblo*, *Grito del Pueblo*, *La Lucha*, *El Derecho* y *La Causa del Pueblo*. Esta última publicación, añade el mismo historiador, “no solo va insinuando las características del discurso libertario de esos años, sino que

ineludiblemente remite a otras publicaciones anarquistas de otras latitudes de América Latina, e incluso, a revistas o seminarios editados en Barcelona y a lo largo de las zonas levantinas y andaluzas de España” (*Las luchas sociales en Costa Rica, en 1870 y 1930*, cit. por David Viñas). Ya en 1892 el Obispo Thiel (que tuvo luego graves conflictos con el gobierno liberal) ponía en guardia a sus ovejas contra el peligro anarquista. Igual que en casi todas las capitales de América Latina, durante el año 1909 se realizaron en San José mítines de protesta por el fusilamiento de Francisco Ferrer. En ese año se creó así mismo el “Centro de Estudios Sociales Germinal”, del cual forman parte Joaquín García Monge, Omar Dengo, Carmen Lyra y otros intelectuales de los que hablaremos más adelante, así como el dirigente obrero Juan Rafael López (V. de la Cruz, 1980). La revista libertaria más importante que se publicó en Costa Rica fue *Renovación* que dirigió (entre otros) J. M. Zeledón y llegó a sacar más de setenta números, a partir del 15 de enero de 1911. En Santiago de Puriscal salió, algunos años más tarde, *Le Semeur*, periódico anarquista escrito en francés. Hasta época más reciente se editó en Alajuela *El Sol* dirigido por el doctor Mourelo, que acogía muchas colaboraciones libertarias (Nettlau, p. 42). En 1926, había en San José también un grupo específico de acción libertaria. Durante las tres primeras décadas del siglo XX es

clara la influencia anarquista en la mayoría de las huelgas que estallan en el país. Manuel Rojas Bolaños recuerda, por ejemplo, que en la de 1905, llevada a cabo por los panaderos para lograr la jornada de ocho horas, sobresalieron algunos anarcosindicalistas españoles, como Juan Vera. En 1913, se fundó la Confederación General de Trabajadores con activa participación de los militantes libertarios (González Casanova, 1985, p. 256).

Álvaro Quesada hace notar que junto con la aparición de la ‘plebe urbana’ y aliada de sus luchas reivindicativas surge también un grupo de intelectuales pequeñoburgueses radicalizados, cuyas concepciones ideológicas que ellos mismos califican indistintamente de “libertarias”, “ácratas”, “anarquistas” o “socialistas” se apartan del “liberalismo” oligárquico y se acercan a las aspiraciones de justicia social y renovación política que encarnan los grupos populares de “obreros” y “proletarios” (1988, p. 23). Entre estos intelectuales están Omar Dengo, Joaquín García Monge, Roberto Brenes Mesén, Billo Zeledón y otras figuras de relieve a las que referimos después. Tratando de rastrear el origen histórico-literario de la ideología anarquista de estos intelectuales, dice el mismo Álvaro Quesada: “La influencia de las ideas anarcosindicalistas (o “ácratas”) estuvo estrechamente ligada entre los jóvenes intelectuales costarricenses de principio de siglo, a la hora y el

ejemplo de dos grandes figuras literarias: Zola y Tolstoi. Con la influencia de estos novelistas europeos se mezcló también entre nuestros intelectuales “ácratas”, la del “arielismo” de José Enrique Rodó, tan extendida entre los jóvenes hispanoamericanos al comenzar el siglo (1988, p. 23-24). Y, poco después, añade: “La influencia conjunta de las ideas “anarquistas” de Zola, de Tolstoi y del “idealismo” arielista, es también patente en *Geranios Rojos* (1908) de Gonzalo Sánchez Bonilla y en *Musa Nueva* (1907) de José María Zeledón, el autor de la letra del Himno Nacional; uno de los introductores y defensores de las ideas ácratas en nuestro país, es también el autor de un *Canto a Zola*, de un soneto a Tolstoi (dedicado a Joaquín García Monge) y de un Manifiesto a los trabajadores. García Monge, como es bien sabido, afirmaba haber escrito su novela *Hojas del Campo* (1900) “inspirada en Zola” y *Abnegación* (1902) “inspirada” en *Resurrección* (1899) de Tolstoi. Al morir Tolstoi en noviembre de 1910, Jorge Volio, flamante cura párroco de Heredia, pidió a los feligreses “orar por el hermano Tolstoi”. Su solicitud por el escritor ruso costó al joven sacerdote una reprimenda del Obispo Stork, quien consideraba al novelista una “influencia nefasta por sus tendencias al anarquismo, nihilismo y modernismo” (1988, p. 24). Los escritores que expusieron y divulgaron las ideas anarquistas, adhiriendo más o menos abiertamente a ellas o mostrando en

todo caso una clara simpatía, fueron, como se ve, muchos y no de los menos significativos dentro de la intelectualidad nacional. Constantino Láscaris, acucioso historiador de las ideas en el país, dice: “Ya en el siglo XIX se hicieron presentes en Costa Rica las ideas anarquistas de manera clara. Zambrano y Masferrer las dieron a conocer y Elías Jiménez, aunque lo estudiamos en el XX, las siguió en el XIX”. Para Láscaris, una característica peculiar del anarquismo en Costa Rica fue su pacifismo, es decir, la ausencia de terrorismo y de campañas violentas. Ello se debe, sin duda, a la relativa falta de represión y a la generosidad con que se puso en práctica el derecho de asilo frente a los perseguidos libertarios extranjeros. Algo muy semejante señala Max Nettlau para el Uruguay. Pero eso no quiere decir, necesariamente, que en Costa Rica predominará, como lo dice Láscaris, “la línea tolstoyana”. En todo caso es digno de ser tenido en cuenta el hecho de que ese autor, católico y liberal, considere a los anarquistas cuya obra y pensamiento examina en Costa Rica como “hombres rectos”, desinteresados, embebidos de sentido social, hombres convencidos de la bondad natural del hombre” (Láscaris, 1983 , p. 191). En 1869 durante el gobierno de Jesús Jiménez llegó a Costa Rica, contratado para organizar el colegio de San Luis Gonzaga de Cartago, el krausista español Valeriano Fernández Ferraz, que había sido discípulo de Julián Sanz del Río. Había sido catedrático

de griego en la Universidad de Sevilla y después de griego en la de Madrid (González, 1976, p. 132-133). Hombre de un liberalismo moderado, no dejó de tener sus roces con el clero católico; junto con él estuvo en Costa Rica, su hermano, Juan Fernández Ferraz, que había sido redactor de *La República Ibérica* y militante republicano, y fundó en San José *La Prensa Libre*. Más radical que ambos parece haber sido su hermana Juana Fernández Ferraz, cuya novela *El espíritu del río*, “aunque imaginariamente situada en Brasil, presenta una sociedad tolstoyana, de un anarquismo realizado, con personajes sacados del campesinado costarricense”. Láscaris la considera como probable impulsadora emotiva de este anarquismo pacifista (1983, 191-192). El mismo historiador ubica entre los escritores anarquistas al salvadoreño Alberto Masferrer; en 1885 fundó *El Diario de Costa Rica* y publicó en San José varios libros y folletos (*En Costa Rica, Las niñerías, Pensamientos y formas*, etc.). Rogelio Sotela, en una carta en 1933 (reproducida en el volumen *En torno a Masferrer*, San Salvador, 1956, p. 274), lo llama “Apóstol del idealismo”. Y aunque José Salvador Guandique, en un ensayo titulado “El anarquismo de Masferrer” (reproducido por la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 18, 1966, p. 183-188) trate de negar que Masferrer fuera anarquista, parece difícil interpretar de otra manera esta frase que Láscaris considera como síntesis de

su ideología: “Las palabras soberanía, independencia, autonomía carecen de sentido, para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos” (1983, p. 193). Costarricense de nacimiento era, en cambio, Elías Jiménez Rojas, nacido en San José en 1869 y fallecido en 1945. Estudió química en La Sorbona, fue miembro de la Société Chimique de París, director de la Escuela de Farmacia, subdirector del Colegio San Luis Gonzaga de Cartago y director del Liceo de Costa Rica. Publicó una serie de pequeñas revistas más o menos libertarias, como *Renovación* (1911-1913), *Eos* (1916-1913-1919), *Reproducción* (1919-1930). Láscaris lo describe de este modo: “Aquel hombre de tez pálida, labios finos, lentes redondos con aro de metal respondió siempre al arquetipo del anarquista intelectual; trabajador y estudioso, individualista hasta los últimos extremos, desprendido y abierto. Dedicó todos sus esfuerzos a lograr la colaboración para los hombres, la divulgación científica y la elevación del nivel de vida. En sus revistas, progresivamente disminuyen los temas científicos, creciendo los políticos. Recibió el título de Bachiller siendo menor de edad, pero luego los rechazó todos; hizo sus estudios hasta el límite exacto en el que hubiera debido recibir su “título”; allí se paraba; y cuando el gobierno le quiso dar la “Licenciatura” en Farmacia la repudió. No quería saber nada con nada que fuera estatal, público, oficial o colectivo” (1983, p. 194).

En la Argentina recordamos el caso análogo de Luis Viñas, colaborador de *La Protesta*, quien habiendo culminado brillantemente sus estudios de ingeniería, nunca quiso rendir examen de la última asignatura, a fin de que su familia no le consiguiera un cargo en algún ministerio o en el Jockey Club. Elías Jiménez Rojas es recordado en su país no sólo como un escritor fecundo y un profesor excelente, sino también como un promotor de la cultura científica y social a través de las revistas que editó. Abelardo Bonilla dice que él: “Fue, como todos los hombres de su mismo ideario, intachable en su vida privada, puro, servicial, respetuoso de la leyes hasta el extremo, aun de las que combatía; aislado en el trato humano; no obstante que la trastienda de su farmacia era visitada constantemente por amigos nacionales y extranjeros; sereno en su conversación, cuando se trataba de ciencias, de educación o de temas políticos y sociales, pero intolerante cuando aparecían las ideas colectivistas” (1957, I, p. 298-299). Bonilla añade poco más adelante: “Nunca sintió simpatía por la democracia, porque le negaba validez al sufragio popular que es su base y no aceptaba el derecho de las mayorías, en lo cual era consecuente con su criterio individualista y con las principales influencias filosófico-políticas que intervinieron en su pensamiento y en su conducta” (1957, I, p. 300). Veamos lo que pensaba sobre la

inteligencia infantil: “Si un niño nos hace espontáneamente una pregunta, es natural que pueda comprender la respuesta. Si respondemos y el niño no nos comprende, evidenciamos nuestra incapacidad” (1957, II, p. 195). Esta era su idea acerca del fin de la educación: “La buena escuela, de primera o segunda enseñanza, debe ser para todos la práctica –si práctica significa eficaz en la vida y humanista o clásica– si humanismo significa nutrición de la mente, desarrollo de la inteligencia, perfección de lenguaje” (1957, II, p. 194).

Kropotkin le dirigió dos cartas, publicadas por primera vez (en versión española de Alain Vieillard-Baron) en la *Revista Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (Vol. II, número 7, enero-junio de 1960). Al estallar la Primera Guerra Mundial, Kropotkin, seguido de un pequeño grupo de anarquistas, se había pronunciado a favor de la Francia contra Alemania, contradiciendo la actitud general de los anarquistas, que mantenían su tradicional posición antibelicista. Fue atacado, a causa de ello, por sus más queridos compañeros, como Malatesta y, desde luego, insultado por Lenin, Trotski y Stalin, que lo llamaron “viejo loco” y “pequeño burgués”. Las razones de la actitud “francófila” de Kropotkin y de sus amigos que firmaron el Manifiesto de los Dieciséis, cualquiera que sea el juicio que dicha actitud nos merezca, son bastante claras y psicológicamente

explicables. Kropotkin veía en Alemania la encarnación del militarismo y de la agresión imperialista; igual que Bakunin consideraba Francia, ante todo, como la cuna de la Gran Revolución y la tierra nutricia del socialismo. Oponerse a los prusianos era, para él, tomar el partido por la libertad y por la civilización tanto como por la paz y la convivencia futura de todos los pueblos. Como dice Vieillard-Baron, Kropotkin “admite la guerra cuando es el único modo de lucha para un pueblo que busca su liberación”. Esta actitud puede compararse con la que asumió frente al terrorismo: “Por principios rechaza la acción violenta, pero jamás tuvo palabras de condena hacia los compañeros que empleaban aquel medio para hacer triunfar sus ideas: lamentaba el hecho, pero veía en él una dramática consecuencia de la desesperación a que llevaba la opresión”.

En una carta fechada en Brighthon, Inglaterra, el 30 de octubre de 1914, Kropotkin responde a Jiménez Rojas y sus compañeros de la revista *Renovación* dirigida por Anselmo Lorenzo y José María Zeledón, precisamente acerca de la posición ante la guerra. Dice que en Inglaterra, Suiza e Italia las opiniones están divididas; que en Francia, por el contrario, “casi todos están en el ejército”; que los tres nietos de Garibaldi están en Francia. Y concluye así su carta: “Admiro a los belgas que han peleado heroicamente y entre los cuales un alzamiento general fue

parado solamente por el exterminio de aldeas enteras y de cosechas llevadas a Alemania o destruidas por el fuego. Los alemanes, que habían preparado meticulosamente esta guerra, invadido los países que habían de conquistar con decenas de miles de soplones (no lo disimulan) en todas las capas de la sociedad (ellos sirven actualmente como guías experimentados para las tropas), previsto todo (todo el genio de la nación orientado hacia esta guerra) son tremendamente fuertes. Toda Bélgica y la parte invadida de Francia están cubiertas ahora por la fortaleza o campos atrincherados (como...), levantados durante estos dos meses; esto necesitará dos años o más para reconquistarlos. Lo mismo en la mitad occidental de Polonia. Mucho le agradezco *Renovación* ¡Qué buena revista! Ustedes comprenden que, en semejantes circunstancias, se necesitarían todos los esfuerzos para impedir que el imperialismo alemán estrangule Europa. De ustedes, con todo corazón. Kropotkin”. Sin duda, Elías Jiménez Rojas y sus compañeros costarricenses lo comprendieron.

En la segunda carta, mucho más larga, Kropotkin dice: “Pienso que es del deber de todo el que tiene a pecho el progreso en general, y de todo el ideal que fue inscrito por los proletarios en la bandera internacional, hacer cuanto esté en su poder, según las capacidades de cada uno, para repeler la invasión de los alemanes en

Europa Occidental”. En esta segunda carta a Jiménez Rojas y compañeros, hace Kropotkin además una notable y casi profética predicción: “Pero los que conocen, por poco que sea, Rusia y su población heterogénea así como la diversidad de sus diferentes partes (Polonia, Cáucaso, Finlandia, Turkestán); los que conocen, también el carácter del último movimiento de 1905, comprenden perfectamente que lo que necesariamente debe producirse en un porvenir muy próximo en Rusia, es la transformación del Imperio en una federación de partes completamente autónomas”. Sin duda, el “viejo idiota” sabía más que el “sabio” Lenin y veía mucho mejor que el “genial” Trotski.

Así como en la Argentina fueron anarquistas durante un momento de sus vidas algunos de los ilustres hombres de letras (Lugones, Borges, Sábato, etc.), también lo fueron en Costa Rica varios escritores de gran significación nacional, como Roberto Brenes Mesén y Antonio Zambrana. El primero de ellos nació en 1874, se graduó como profesor del Instituto Pedagógico de Santiago Chile en 1899, y desde 1900 enseñó lógica, psicología y castellano en el Liceo de Costa Rica, al tiempo que se inicia en la literatura y dedica sus afanes al periodismo. Junto con el poeta Zeledón (futuro autor de la letra del Himno Nacional de Costa Rica) editó en 1904 la revista anarquista *Vida y verdad*. El contenido abiertamente ácrata de una

publicación y, sobre todo, su prédica anticlerical lo obligaron a renunciar a un cargo de profesor en el Colegio de Señoritas. Más tarde, sin embargo, al par que su inicial positivismo, debido a las aulas chilenas, se transformaba en metafísica hilozoísta y panteísta, se adentró en los caminos de la teosofía (como Rafael Villavicencio en Venezuela) y adhirió y hasta la masonería (como no pocos espíritus libres de la época). Dejó de ser anarquista y hasta criticó la democracia (al menos en apariencia). Él mismo confiesa así en un esbozo autobiográfico: “Los cambios de opinión han llamado la atención de sus amigos y conocidos. En una revista llamada “Vida y Verdad” se mostró socialista anarquista y ahora tiene escrito un libro que se titula *La Aristarquía contra la democracia*”.

Pero por poco más adelante añade, tratando de explicar el sentido de sus cambios de opinión (y de mostrar así que estos no eran tan grandes como parecían): “Por lo demás, ha sido una de mis aspiraciones ser consecuente conmigo mismo, con mi conciencia íntima y con mis opiniones expresadas, las cuales han sido las mismas cuando encaraba una cuestión en diferentes épocas, la he mirado desde puntos de vista muy semejantes. Así por ejemplo, he sido anarquista teórico y a usted consta que he escrito contra los principios de la democracia. Cualquiera diría que hay una evidente contradicción; sin embargo, en el

fondo ha sido la misma aversión por la corrupción de las democracias que conocemos en la historia y en el presente. Si usted lee las Cartas secretas, hallará más de una vez la misma preocupación, el mismo temor que las democracias acaben con las más nobles virtudes de la humanidad, y ellas se escribieron en 1901; en 1904 escribí como un anarquista y en 1906 terminé mi libro sobre la Aristarquía; han sido formas distintas, últimas consecuencias de un pensamiento considerado por diversos aspectos”. Esto quiere decir que el propio Brenes Mesén se sigue considerando, en alguna medida, libertario. En un poema titulado: “Mi Patria” revela su universalismo parafraseando a Schiller: “Soy un ciudadano del mundo: en donde abunda la vida pongo mi afecto profundo, tengo una tierra querida. En donde surca el arado o la nave, en cualquier parte, mi enemigo es el malvado, y un ideal de mi estandarte. En donde triunfa el derecho y la paz, une las manos, naturalizo mi pecho, porque ahí están mis hermanos. Con hogar o vagabundo, mi patria no tiene nombre: Soy ciudadano del mundo, y compatriota del hombre”.

En 1909, Brenes Mesén fue subsecretario de Relaciones Exteriores y en el gobierno de Cleto González de Instrucción Pública. Murió en 1947 (Dengo, 1959). Antonio Zambrana nacido en La Habana, Cuba, en 1846, doctorado en Derecho en la universidad de su ciudad

natal, luchador por la independencia de su país, antiesclavista militante, llegó a Costa Rica en 1873 y murió en La Habana en 1922. En filosofía representó un positivismo antimaterialista, con influencias de Berkeley y del idealismo alemán. En política fue un liberal federalista, cuyas concepciones adversas a todo centralismo, lo acercaron mucho al pensamiento anarquista. En su obra *La administración y los estudios jurídicos* (p. 17), escribe: “La meta del progreso social contemporáneo la anarquía, científicamente preparada” (en Valle, 1961, p. 267-268). Luis Felipe González (1976, p. 117) dice de él: “El doctor Zambrana ha sabido despertar en nuestra juventud el amor al estudio, el culto a las ideas estéticas y el fervor a la democracia. En la manumisión del pensamiento nadie ha influido tanto como él en Costa Rica”. Joaquín García Monge, benemérito de la cultura costarricense y latinoamericana, profesor, novelista (*La mala sombra, El Moto*, etc.), editor del famoso *Repertorio Americano*, que sobrepasó largamente el millar de números, podría ser considerado como un tolstoyano. El brillante y nada libertario ensayista Mario Sanchó, admirador de los conquistadores hispanos, lector fervoroso de Renán y de Taine, apologista de Ford y de Rockefeller, llama a García Monge hombre bueno y sincero, “con más ganas de servir a su raza que susceptibilidades vanidosas” y reconoce que “la juventud hispanoamericana le es deudora de la publicación de muchas páginas

útiles y beneficiosas” (1972, p. 59). “Un tolstoyano que, en lugar de cultivar la tierra, cultiva libros y revistas; y que, en lugar de dirigirse a los campesinos rusos, se dirige a intelectuales americanos. Ese fue el García Monge erigido en figura continental”, dice Constantino Láscaris (1988, p. 201). Y añade: “Y así fue un libertario, o, si esta palabra molesta a alguien, un hombre obseso de libertad: libertad del individuo, del pensamiento, de la patria, de la humanidad”. En un número del *Repertorio Americano* escribía García Monge, según cita el mismo Láscaris: “La libertad hay que conquistarla y reconquistarla continuamente, que sólo se pierden los pueblos que se cansan de ser libres; porque sí importa saber cómo fuimos libres, importa saber cómo conservarnos libres, cómo mantener en asta firme la enseña de los libertadores”.

Nacido en Desamparados, San José, en 1881, estudió en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile de 1901 a 1904. En Chile se formaron o, en todo caso, se confirmaron sus convicciones libertarias. De regreso, se dedicó a la enseñanza; fue el director de la Escuela Normal y hasta Secretario de Instrucción Pública, pero dedicó, sobre todo, sus esfuerzos a la tarea de divulgar la cultura por medio del libro y la revista (Colección Ariel, El Convivio, *Repertorio Americano*, etc.). Arias Larreta pondera “...su antidogmatismo señero, insobornable, conductor”. Y refiriéndose a los políticos y politicastro dice que: “no le atacan aún ni se

atreven con él, pero se empecinan en la bárbara maniobra de hacer caso omiso de él. Al no poder domarlo o aplastarlo, tratan de ignorarlo” (*Brecha*, IV, 3, p. 6-7 en Láscaris). Entre las obras de autores anarquistas que como editor publicó, debemos recordar la selección de artículos de Rafael Barrett, hecha pocos años después de la muerte del brillante y malogrado escritor hispano (Rafael Barrett, *Artículos diversos*, San José, Editorial García Monge, 1917). García Monge es, sin duda, una de las figuras más simpáticas y admirables de la literatura costarricense. Erudito y apóstol, maestro y literato, ejerció siempre y en todo su amor por la libertad y su solidaridad con los oprimidos y, aun dirigiéndose a los hispanoamericanos, no ocultó ni por un momento su pasión universalista y ecuménicamente humana. Como narrador se le suele encuadrar en el realismo, pero el rasgo más característico de sus relatos es una profunda simpatía por los pobres, por el pequeño agricultor arruinado que muere “quebrantado de sufrir”; por el muchacho “canijo, taciturno y amigo de la soledad” que se pega dos tiros en la boca de un barranco; por el labrador a quien despoja un acaudalado caballero de la capital; por la viejecita ciega y tullida y el viejecito jorobado y roto. La mala sombra crece bajo la buena sombra del gran Tolstoi. Dice el profesor Arnoldo Mora Rodríguez: “El pensamiento, la obra literaria y sobre todo, la divulgación cultural ejercida por Don Joaquín a través de su labor editorial y de la revista *Repertorio Americano*, se convertirán de

hecho en la Universidad que Costa Rica no tuvo durante la primera mitad de nuestro siglo y que tanto necesitaba nuestro pueblo para su propio desarrollo material y cultural. Por sólo este hecho don Joaquín merece un lugar único en la historia cultural de nuestro país”. Y añade enseguida: “Don Joaquín García Monge es por sí mismo una institución nacional y bajo muchos puntos de vista, que luego analizaremos, un caso único en la historia de las letras y de la cultura general de nuestra América Latina. Por eso su muerte constituyó un duelo continental, como no lo había por ningún otro costarricense en el campo de las letras, la cultura, la ciencia o la política. Don Joaquín García Monge es el costarricense más universal de nuestra historia, el más cosmopolita, el más internacional e internacionalista” (1998, p. 12). Creador de los Patrones Escolares, del Consejo de Educación Primaria de las Colonias Escolares de Vacaciones, propició la creación de futuro Patronato Nacional de la Infancia, creó bibliotecas infantiles, cursos de Educación Física, escuelas complementarias que fueron germen de futuras Escuelas Vocacionales, etc. (Ferreto de Sáenz, 1981). Entre 1920 y 1936 dirigió García Monge la Biblioteca Nacional, pero, como dice el profesor Mora: “el acontecimiento más significativo de su vida se dará el 1° de setiembre de 1919 con la aparición de la obra que, por sí sola, hará de don Joaquín García Monge la figura más significativa de nuestra cultura: el “Repertorio Americano”. Y añade a continuación: “Este constituyó una vocación

y continuación del que fundara Andrés Bello en el siglo atrás en Londres y con idénticos objetivos: mantener vivo el espíritu del panamericanismo a través de la forma más elevada de la cultura, la lengua. Pero Repertorio Americano será algo más. Será la ventana abierta al mundo, ojo crítico y testigo comprometido de los acontecimientos políticos y culturales más relevantes de su época. Como muy pocos en la historia, García Monge a través de su ingente labor en el Repertorio Americano será el testigo más lúcido de su época, la conciencia viva de los más elevados valores humanos y la voz de denuncia más limpia y audaz de la primera mitad de nuestro siglo. García Monge hará del Repertorio Americano el más alto monumento al humanismo que manos costarricenses hayan jamás construido” (Mora Rodríguez, 1998, p. 17). Pocos años después de García Monge, en 1888, nació en San José Omar Dengo, profesor de Lógica en el Liceo de Costa Rica, director de la Escuela Normal de Heredia entre 1919 y 1928, activo periodista. Murió en el año 1928. Según Láscaris, “La influencia de Roberto Brenes Mesén lo llevó a la teosofía; la de Elías Jiménez Rojas al anarquismo” (1983, p. 203). El mismo Láscaris dice de él con evidente simpatía y penetración crítica: “Omar Dengo no fue un pensador original. En general, rehuía el pensamiento abstracto en sus escritos. Fue un hombre de poderosa personalidad, volcado a la acción y el verdadero creador de la “mística del magisterio” costarricense que suele atribuirse a Mauro Fernández. En

su labor docente, centró su esfuerzo en la organización laica de la Escuela Normal. Ejerció un influjo decisivo en el país a través de varias generaciones de maestros y profesionales. Contrario a todo dogmatismo, tanto religioso como científico. Su anarquismo, radical y combativo en la juventud, se suavizó más tarde. “Ácrata” y “libertario” son expresiones frecuentes en sus escritos. Antimilitarista descarnado y violento, estaba poseído por un intenso sentimiento de solidaridad con los hombres. Ve la historia como un proceso de la “liberación del individuo”. Su concepción del mundo era panteísta. Admitía una pervivencia del alma, no personal, y alude frecuentemente al “Alma” cósmica. Por sus lecturas se vio muy influido por Unamuno, Gentile, Nietzsche, Bakunin, Kropotkin, Gorki, Emerson, Coleridge, Vaz Ferreira, Renán, Dewey” (1983, p. 204). De él dice Abelardo Bonilla: “En la enseñanza y sobre todo como director de la Escuela Normal de Heredia, realizó su mejor obra, porque era un maestro en el más amplio y elevado sentido de esta palabra: por vocación, por su espíritu, por fe absoluta en la obra del espíritu y en la educación, a las que sacrificó todo. En una oportunidad y por no ceder a imposiciones políticas que chocan con sus ideas, se retiró a trabajar como maestro en una humildísima escuela rural; y en otra, en que se le ofreció el Ministerio Relaciones Exteriores, lo rehusó comentando: Yo sé poner en mi cabeza las ideas del maestro, pero no la chistera de los diplomáticos” (1957, I, p. 302). Contra su expreso

deseo, manifestado poco antes de morir, un grupo de amigos y discípulos recogió su obra dispersa y la publicó en dos tomos con el título de *Meditaciones*. Según Bonilla: “El pensamiento de Omar Dengo adopta la forma parabólica” y en su expresión se unen el simbolismo poético oriental y el sentido moral del Evangelio. Las fuentes de este pensamiento fueron, al mismo tiempo o sucesivamente, la filosofía de la India y el panteísmo occidental, el cristianismo adogmático y el anarquismo de Tolstoi y Kropotkin. Pero, a diferencia de Brenes Mesen, “no perteneció a sociedades ideológicas o rituales y esto le da un estilo –según anota Bonilla– un indefinible carácter de intimidad que lo separa del gran público” (1957, I, p. 303). También estuvo influido por las ideas libertarias, en su juventud, José Albertazzi Avendaño, nacido en Cartago en 1892, abogado, orador, periodista, poeta (*Por los recodos del camino*, 1918; *Refugio Espiritual*, 1937, etc.), cuentista (*El lirio de oro*) y ensayista (*Bajo el azul*, 1918; *Divagaciones*, 1937). Igualmente, la maestra Carmen Lyra, autora de *Los cuentos de mi tía Panchita*, fundadora del primer *kindergarten* y directora en 1913 de la revista libertaria *Revolución*, elogiada por Kropotkin. Menos claramente pesaron las concepciones anarquistas y mucho más parcialmente tuvieron vigencia los ideales libertarios en Claudio González Rucavado, nacido en San José en 1865 y muerto en 1925, profesor de literatura y derecho, periodista en *El Republicano*; ensayista con el *Ensayo sobre moral y política* (1911) y

El poder del docente (1914); cuentista con la colección *De Ayer* (1907), novelista con *El hijo de un gamonal* (1901), *Escenas costarricenses* (1906) y *Egoísmo*, donde cultiva el relato regionalista (Sotela, 1942, p. 236-240). No dejaron de influir las ideas libertarias en Solón Núñez, dedicado a la higiene, la educación sanitaria y la medicina social (como Juan Lazarte en Argentina), y en José Fabio Garnier, arquitecto, docente, iniciador de “un teatro audaz”, realista en lo tocante a los sentimientos y atrevido, o descarnado en sus crisis y situaciones, de tipo europeo y universal” (Bonilla 1957, I, p. 238), como los dramas *Pasa el ideal*, *Con toda el alma*, *El talismán de Afrodita*, *Nada a la sombra del amor*, etc., también novelista con *La primera sonrisa* y *La esclava*, y ensayista con *Perfume de Belleza* y *La vida inútil*. Casi todos ellos, como anota Láscaris, pasaron después a posiciones meramente liberales, y desempeñaron cargos políticos o administrativos.

En Alajuela, sin embargo, el periódico *El sol* continúa desde 1951 la tradición anarquista, bajo la dirección del Dr. Néstor Mourelo “intelectual que encarna el prototipo de anarquista bondadoso”. Después de *El Sol* apareció en su lugar *La opinión* a la que el propio Mourelo le insufló todavía espíritu libertario. *El sol* fue una publicación altamente apreciada en los medios libertarios de América Latina y de España. Es preciso mencionar todavía, con Láscaris, algunos nombres más: Enrique Obregón Valverde, “cuyos escritos

tienen nervio y acritud libertaria”, y Pedro Pratt, francés, emigrado a Inglaterra y Estados Unidos, que residió en Costa Rica desde 1920. Este junto “con un numeroso grupo de intelectuales anarquistas, casi todos franceses, como el escritor Georges Vidal, fundó una colonia en Parrita. Colaboró con crónicas y ensayos en “L’en Dehors” de Armand, París. Negaba toda disciplina de orden metafísico. Murió de 90 años en 1965. Hombre recto, probo, desinteresado, trabajador, vivió el anarquismo de forma perfecta” (1983, p. 192-199).

Este recuento del desarrollo de las ideas anarquistas en Costa Rica destaca a los intelectuales más prominentes en este campo del pensamiento, a la vez que se pone en evidencia cómo influyó en la educación y la cultura del país.

Bibliografía

- Bonilla, Abelardo. *Historia y antología de la literatura costarricense*. 2 Vols. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1957.
- De la Cruz, Vladimir. *Las luchas sociales en Costa Rica 1870-1930*. San José: Editorial Costa Rica, 1980.
- Dengo, María Eugenia. *El pensamiento de Roberto Brenes Mesén*. San José, 1959.
- Ferreto, Adela. Don Joaquín en el centenario de su nacimiento. *Repertorio Americano*, VII, 2, enero-marzo, 1981. Universidad Nacional de Costa Rica.

- González Casanova, Pablo. *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México, 1985.
- González Flores, Luis Felipe. *Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1976.
- Guandique, José Salvador. El anarquismo de Masferrer. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. Vol. V, N° 18, 1966.
- Láscaris, Constantino. *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. San José: Editorial Studium, 1983.
- Mora Rodríguez, Arnoldo. *Los orígenes del pensamiento social en Costa Rica*. San José, 1988.
- _____. *El pensamiento filosófico en el Repertorio Americano*. San José, 1988a.
- _____. *El ideario de Don Joaquín García Monge*. San José: Editorial Costa Rica, 1998.
- Nettlau, Max. Viaje libertario a través de América Latina. *Revista Reconstrucción*, N° 76-78, 1972.
- Quesada Soto, Álvaro. *La voz desgarrada. La crisis del discurso oligárquico y lana y la normativa costarricense (1871-1919)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1988.
- Sancho, Mario. *Viajes y lecturas*. San José: Editorial Costa Rica, 1972.
- Sotela, Rogelio. *Escritores de Costa Rica*. San José: Imprenta Lehmann, 1942.
- _____. *En Torno a Masferrer*. San Salvador, 1956.
- Valle, Rafael Heliodoro. *Historia de las ideas contemporáneas en Centroamérica*. 1961.